Cuento “en la caja hay una sorpresa”

Daniel Brailovsky

Imaginemos a un grupo de niños en un aula, digamos una sala de jardín de infantes, en una de aquellas típicas rondas junto a la maestra. Ésta, a quien llamaremos M., los saluda y les presenta un material: se trata de una caja de cartón prolijamente forrada, que sacude varias veces dejando oír un entrechoque de objetos que despierta inmediatamente la curiosidad en el grupo. Escuchemos el diálogo que se entabla entre M. y los niños.
– ¿Saben que hay acá adentro? –pregunta M.
– No... ¿qué hay? –contestan casi a coro.
– Vamos a jugar a adivinar. Yo voy a ir respondiendo a sus preguntas y así, por medio de pistas, podrán saber qué les traje hoy.
– ¿Son instrumentos? –pregunta Matías, sin duda orientado por la escucha de sonidos metálicos–, ¿son instrumentos de música?
– No –contesta M.–, pero no traten de adivinar enseguida: pueden preguntarme cosas sobre lo que hay adentro, por ejemplo “de qué color es”, o “para qué se usa”... y entonces va a ser más fácil descubrir lo que hay en la caja.
– ¿De qué color es? –pregunta enseguida Carolina.
– ¿Para qué se usa? –agrega Sol.
La maestra duda un instante, y replica: Yo dije esas preguntas como un ejemplo, pero pueden decir otras cosas. A ver: intenten decir otras cosas.
– Mi mamá –dice Nicolás– tiene una caja parecida y la usa para poner cubiertos, tenedores...
– Bueno, está bien, pero ésta no tiene cubiertos. Recuerden que tienen que hacer preguntas y no tratar de adivinar sin tener una pista. Si dicen cualquier cosa puede ser que adivinen, pero va a ser más divertido si lo descubrimos pensando en distintas características.
– Yo no traté de adivinar –increpa entonces Nicolás–, yo dije que mi mamá tiene una igual y guarda ahí cubiertos.
– Sí, Nico, dijiste que en esta caja podía haber cubiertos, como en la que tiene tu mamá... y eso es como adivinar. Pero no te preocupes, sigamos tratando de hacer preguntas que nos lleven a descubrir...
– Perdón, señorita –insiste Nicolás, dirigiéndose ahora a sus compañeros–, que alguien me corrija si me equivoco, pero yo dije que mi mamá guarda cubiertos en una caja como esta, lo cual no significa que en esta caja tenga que haber cubiertos. Es obvio que una cosa no implica la otra.
Ante el inesperado léxico utilizado por Nicolás, M. queda un momento desconcertada y sin palabras. Cuando está por preguntarle dónde había escuchado la palabra “implica”, Sol interviene:
– Perdón que me meta, Nicolás. Si bien no dijiste explícitamente que en esta caja hay cubiertos, lo sugeriste. De otro modo ¿para qué mencionarías el hecho de que en tu casa hay una caja igual cuyo contenido es precisamente ése?

– Chicos… –balbucea M.–, creo que si me hacen algunas preguntitas van a darse cuenta enseguida de lo que hay en la caja… es un juego muy sencillo… A ver Matías: ¿qué podés preguntarme?
Matías piensa un instante con un dedo en la boca y formula la siguiente pregunta:
– Señorita ¿vos conocés el contenido de la caja y nos orientás a descubrirlo también como un recurso para suscitar nuestro interés? ¿O es que lo ignorás, como nosotros, y te valés de nuestra ayuda para descubrirlo?
M. está por responder, pero interviene antes Nicolás, sin dejarle tiempo para decir nada.
– Si el contenido de esa caja es accesible por medio de preguntas, ¿no sería lógico creer que tal contenido es equivalente a una respuesta?
– Eso, eso… –agrega Sol, enfervorizada–, y si la caja contiene respuestas, ¿qué tipo de respuestas son? ¿Trascendentes acaso?
Se produce en la salita un incómodo silencio. Un murmullo de voces agitadas provenientes del juego de otros niños en el patio llena el espacio, se escuchan las conversaciones de las maestras, los ruidos de cacerolas de la cocina. Convergen en M. emociones encontradas. Por un lado, el inevitable asombro por las destrezas lógicas y lingüísticas que se evidencian en sus párvulos (por cierto sorprendentes en niños de tan corta edad) y a la vez una incertidumbre, que ronda las orillas del pánico, respecto del destino de esta insólita conversación. Finalmente, retoma la palabra.
– Díganme ustedes: ¿qué creen que habrá en la caja?
– Si acaso son respuestas –tantea Carolina–, éstas pueden ser un correlato de nuestras preguntas. Si esto es así, deberíamos entonces explorar nuestro interior, nuestra propia ansia de saber, nuestra curiosidad, y explicitar nuestras dudas más trascendentes.
– ¿Cómo cuáles? –pregunta M., entrando finalmente en el código de la conversación, en un vano esfuerzo por disimular su asombro.
– ¿Cuáles? Bueno… –sigue Carolina–. ¿Cuál es la razón de nuestra existencia? ¿Qué nos hace especiales a cada uno de nosotros y sin embargo nos une como seres humanos? ¿Qué es el amor?
– ¿Por qué morimos? –agrega Nicolás.
– Y en sintonía con eso –completa Matías–, si hemos de morir: ¿por qué existe en nosotros un profundo apetito de eternidad?
– ¿Es esta realidad que vivimos la única posible? –retoma, muy entusiasmada, Sol–. ¿Cuánto de lo que somos es producto de nuestra naturaleza y cuánto lo es de nuestra voluntad como seres autónomos? ¿Existe el libre albedrío?
– Nuestros sentidos ¿son confiables? –pregunta Nicolás nuevamente, con las cejas arqueadas y el índice en alto–. ¿Podemos creer lo que a través de ellos nos parece real? ¿Existe Dios? Y en tal caso: ¿posee una voluntad cuasi-humana o es una presencia omnisciente?
– ¿O acaso una invención desesperada de los hombres en un intento para construir su identidad, explicar su origen? –replica Carolina.
– ¡Abramos la caja! ¡Allí están todas las respuestas! –dice Augusto, que hasta este momento escuchaba todo con atención–, es evidente que la señorita trajo esta caja para satisfacer nuestro infinito afán de respuestas, nuestra infantil curiosidad…
M. apoya una mano sobre la tapa de la caja, un poco avergonzada. El inesperado giro,

las imprevisibles reacciones que una propuesta tan pedagógicamente probada como la caja de cartón está tomando, la desconciertan.

– Chicos –dice–, no sé si lo que hay en la caja es realmente lo que ustedes creen. En realidad deben saber que en la caja solamente hay…

– ¿… objetos? –la interrumpe Augusto.

– Bueno… sí. Sí, Augusto: objetos.

La repentina revelación es seguida de un silencio cargado de tensión. Transcurre un minuto, que a M. se le antoja eterno, hasta que de pronto Augusto rompe la calma y habla, sobresaltando a M.:

– Eso a mí no me desanima –dice el niño–, los objetos pueblan el mundo creando símbolos, representaciones. La materialidad es sólo un plano de las cosas. Aun en el objeto más simple puede haber muchas respuestas. ¿No es acaso la Biblia un objeto de papel? ¿No son objetos el telescopio, la imprenta, la tierra misma?

Sol, cuyo fervor había ido en aumento mientras escuchaba la salvadora intervención de Augusto, se pone de pie y extiende los brazos en alto: –¡La Divina Comedia es sólo un frasco de tinta! –grita–, ¡los bocetos de Leonardo tan sólo trazos en carbonilla! Y sin embargo…

– … Sin embargo –concluye Augusto–, referirse a esos objetos es remitirse a algo más vasto, ¿verdad?

Sol asiente y regresa a su lugar, satisfecha.

– Nuestro propio cuerpo –agrega tímidamente Matías– está compuesto por materia, por sustancias orgánicas. Sin embargo, en cada uno de nosotros hay infinitas preguntas e infinitas respuestas.

– Abramos la caja, entonces –propone Augusto dirigiéndose a la maestra.

La mirada de todos los niños recae en el elegante cubo de cartón, sobre cuya tapa descansa temblorosa la mano de M. Siglos de inquietante espera cobran vida en los ojos de estos pocos niños. Algunos se estrujan los dedos de las manos, que apenas asoman tras las mangas cuadriculadas de sus delantales. Otros estiran el cuello para ver más de cerca el contenido revelador.

M. suspira nerviosa, baja lentamente los párpados en un gesto de pretendida ausencia, alza la vista. Se acomoda en su silla, echa una última mirada a las paredes desmesuradamente decoradas de la sala…

Y abre la caja.